

JAVIER ALANDES

LOS GUARDIANES DEL PRADO

*En un mundo
de sombras,
ellos rescataron
la luz*




ESPASA

JAVIER ALANDES
LOS GUARDIANES DEL PRADO



© Javier Alandes, 2022
Editabundo Agencia Literaria S. L.
www.editabundo.com
© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.370-2022
ISBN: 978-84-670-6361-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Diseño de Cubierta: Planeta Arte & Diseño

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

La paradoja era que, mientras se combatía a Inglaterra, a Francia, a Dinamarca, al Turco y a las provincias rebeldes, se les compraba al mismo tiempo, mediante terceros, mercaderías, jarcia, alquitrán, velas y otros géneros necesarios tanto en la Península como al otro lado del Atlántico. El oro de las Indias escapaba así para financiar ejércitos y naves que nos combatían. Era un secreto a voces, pero nadie cortaba aquel tráfico porque todos se beneficiaban. Incluso el rey.

—El resultado salta a la vista: España se va al diablo. Todos roban, trampean, mienten y ninguno paga lo que debe.

—Y además se jactan de ello —apuntó Quedo.

—Además.

ARTURO PÉREZ-REVERTE, *El oro del rey*

1

Valencia, julio de 1936

—Este trabajo no pienso pagártelo, Santoro —dijo con tranquilidad el marqués de Casariego.

—¿No le gusta cómo ha quedado?

—Me encanta, es maravilloso. Pero no son los materiales que habías presupuestado, y mi bolsillo no va a responder por tu exceso de iniciativa.

José María Allendesalazar y Travesedo, quinto marqués de Casariego, había encargado a César Santoro la reforma de la primera planta del palacio de los condes de Alpuente, inmueble de su propiedad situado en el número 28 de la calle Caballeros, en pleno corazón del barrio del Carmen. Aunque ese palacio no era la residencia habitual del marqués, presumía de mantenerlo siempre en un estado impecable, y provisto de personal de servicio, para el alojamiento de invitados que visitaran la ciudad o la celebración de determinadas fiestas y recepciones.

La calle Caballeros, rebautizada como calle Metalurgia por los cambios del callejero que había hecho el ayuntamiento siguiendo la tendencia republicana —aunque todo el mundo seguía utilizando su antigua denominación—, se extendía desde la plaza de la Virgen a la plaza del Tossal y, además de ser una de las calles más antiguas de la ciudad, era la arteria principal de la Ciutat Vella, el casco antiguo de Valencia. Aquella calle estrecha e irregular, de solo un carril, se veía abigarrada por la gran cantidad de palacios y casas solariegas de ese estilo gótico valencia-

no que había predominado durante el siglo xv. Fuentehermosa, Castellfort, el de los condes de Oliva, los Centelles, los Fernández de Córdoba o el de los Queixal, eran algunos de los nombres de aquellos majestuosos edificios propiedad de la nobleza valenciana. Y aquel túnel que era la calle, rematada por la silueta de la cúpula de la basílica de la Virgen de los Desamparados, se veía salpicada en sus plantas bajas por tabernas de buen vino, maestros artesanos de telas y paños, y selectos comercios de ultramarinos, donde las doncellas que servían en aquellos palacetes aprovisionaban las despensas de sus señores. El teatro Talía, la iglesia de San Nicolás o el palau de la Generalitat eran importantes puntos de reunión que hacían de la calle Caballeros un continuo ir y venir de gente cualquier día de la semana.

Pero toda aquella concentración de edificios e inmuebles históricos también hacía necesarias continuas labores de reforma y conservación, y raro era el mes donde no había trabajos de albañilería en uno u otro punto de la calle. El marqués de Casariego había decidido, meses atrás, que era hora de remodelar la primera planta del palacio de los condes de Alpuente. Siguiendo las indicaciones de su arquitecto, y atendiendo a la composición estética de la fachada, se había decantado por dejar diáfana toda aquella planta, para poder utilizarla en reuniones sociales y celebraciones familiares. Los cuatro grandes balcones adintelados, con los destacados frontones partidos en cada uno de ellos, rematados por el marco de piedra tallada, quedaban sobre la remachada puerta de doble hoja de entrada a la casa, coronada por el escudo de armas de los Alpuente. El arquitecto del marqués estaba convencido que esa gran sala diáfana, con la singularidad de los cuatro balcones a la calle, daría un exquisito aire a aquella estancia, además de proveerla de frescor y entrada de luz natural. Y fue el propio arquitecto quien propuso al marqués que ejecutara aquella reforma un maestro de obras de su confianza: César Santoro.

—Debo suponer —dijo César— que el desacuerdo del señor marqués reside en las vigas de madera que hemos colocado en el techo.

—Supones bien —respondió aquel—. No son las que presupuestaste.

—Son más robustas, de un diámetro superior.

—Y más caras.

—Estas estaban ya fabricadas, señor. Si hubiéramos tenido que esperar a que fabricaran las que estaban presupuestadas, le habríamos entregado la obra con retraso —siguió argumentando el corpulento maestro de obras, sin la menor muestra de arrepentimiento.

—Y ese habría sido tu problema. —El aristócrata hablaba con cierto desprecio—. No tendría dinero si pagara de más por todo lo que contrato.

—¿No estará insinuando...? —César respiró hondo, realizando toda su envergadura, y se puso serio; consideraba que era un trabajador honrado, y no iba a permitir que nadie pusiera en duda su profesionalidad. El marqués se estiró la chaqueta del traje de tres piezas, consciente de que quizá había ido un poco más allá de lo que debía.

—Padre... —César Santoro se giró al oír la voz a su espalda—, ¿me permites explicarle al señor marqués la procedencia de las vigas?

Santoro, además de su cuadrilla habitual de trabajadores, llevaba con él a todas partes a su único hijo, Alejandro, un joven despierto que, a sus veintitrés años, trataba de aprender el oficio de su padre. Y ese oficio no solo incluía las jornadas de duro trabajo; había que dominar también la elaboración de presupuestos, las reuniones con personas de clase alta y el momento de la entrega de las obras, para comprobar que todo fuera del gusto de los clientes.

César se quedó mirando a su hijo durante unos segundos. Estaba decidiendo qué contestar a esa pregunta. Uno tiene sus secretos profesionales, y César no era uno de esos hombres a los que les gustaba revelarlos. Pero, por un

lado, no quería que su reputación quedara en entredicho y, por otro, tampoco deseaba que aquella obra le hiciera perder dinero. Asintió secamente, esperando que Alejandro supiera explicar todo aquello.

—Como ve, señor marqués, hemos recuperado el color del suelo de mosaico de la planta. —Un precioso pavimento cerámico que, en pequeñas baldosas, dibujaba volutas y cenefas típicas valencianas—. Al decapar y rehabilitar la madera de los cuatro ventanales también ha salido su verdadero color. —Alejandro señaló la oscura madera, recién barnizada, de las puertas de salida a los balcones—. Y nos encontramos con tres problemas a la hora de tirar los tabiques para hacer la estancia diáfana.

—¿Qué problemas? —preguntó el marqués con un cierto aire de superioridad, del que César ya se estaba cansando.

—Al tirar los tabiques —explicó Alejandro de forma aséptica y profesional—, nos hemos encontrado con que no había pavimento en el lugar que estos ocupaban. Ese ha sido el primer problema, por eso puede ver que, en el lugar que ocupaban las paredes, hemos colocado estos listones de madera, del mismo color que la de los ventanales. —El marqués de Casariego asintió, pisando sobre uno de aquellos listones. Quedó satisfecho con lo asentado y firme que parecía, dando a la estancia un aspecto mucho más elegante que si se hubieran buscado baldosas lo más parecidas posible al suelo original—. Ahí surgió el segundo problema —continuó el joven—, y es que las nuevas vigas de madera tenían que mantener el color de los ventanales y los listones del suelo. Nada que una buena pintura no pudiera solucionar. Pero —y, en ese momento, Alejandro hizo un pequeño énfasis en su voz—, antes de derribar los tabiques, observamos que un par de ellos eran de carga. Es decir, ayudaban a sostener el peso del techo. Y ese era el tercer problema.

—¿Qué me quieres decir con eso, chico? —El marqués, con los pulgares metidos en los bolsillos de su cha-

leco, escuchaba a aquel muchacho espigado al que el flequillo llegaba casi a los ojos, esperando a ver adónde quería llegar.

—Que el techo podría venirse abajo. —Alejandro hizo una pausa y miró a los ojos al marqués—. Las vigas que se le habían presupuestado se quedaban cortas como refuerzo estructural. Lo hablé con su arquitecto y estuvo de acuerdo. Fabricarlas con el diámetro que requerían sí que hubiera disparado el presupuesto.

—¿Todavía más? —El marqués blandía en la mano la factura que le había entregado César.

—Ni se lo imagina —contestó Alejandro—. Pero aquí, mi padre es un hombre de recursos. ¿Conocía usted el palacio de los condes de Loriguilla?

—Claro, fue derribado el mes pasado.

—Veo que está bien informado. —Sonrió—. Ahí estaban las vigas que necesitábamos. —Y, sin mirar, señaló al techo.

—*Tinc unes vigues de segona mà?* —La sorpresa de aquella información hizo que el marqués pasara a hablar en valenciano.

—Sí, señor. —Alejandro asintió con la cabeza—. Unas maravillosas vigas que soportaban un peso mayor que el que hay aquí, que el tiempo ha dado el color que necesitábamos, y bajo las que han dormido Fernando VII, Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII. —Las referencias a la monarquía parecieron agradar al marqués—. Y por las que también pujaba Claudio Broch.

—¿Broch? —se sorprendió el marqués—. ¿El maestro de obras del duque de Porta-Coeli?

—El mismo. Las quería para la casa que se está construyendo junto al palacio de la Exposición. Se las quitamos en sus narices, ¿verdad, padre?

César asintió.

—¿Por qué no me habías hablado de todo esto, César? —Una batalla ganada a otro aristócrata siempre era una buena anécdota para contar en las reuniones.

—No quería aburrirle con detalles, señor. Pensaba que solo viendo el resultado —César abarcó la estancia con las manos—, daría por buena la pequeña subida del presupuesto.

—No es pequeña —rectificó el aristócrata.

—Pero lo vale, señor —añadió Alejandro—. Imagínese el día de la Festa Grossa. —Así se conocía al día de la procesión del Corpus Christi, que tenía su paso más multitudinario en la propia calle Caballeros—. Los cuatro ventanales abiertos, los mantos con el Cristo bordado colgando de sus balcones y, desde la calle, cuando todo el mundo mire hacia arriba, la imponente visión de estas vigas en su techo. Todo el mundo ya sabe que son las del palacio de los condes de Loriguilla; va a causar expectación.

El marqués de Casariego se quedó en silencio. Dándoles la espalda se acercó a uno de los ventanales y perdió la vista a través de él.

Y, en ese momento, César se dio cuenta de todo lo que su hijo estaba aprendiendo, y del hombre en que se convertía. Le había dejado al marqués la duda de que, si todo el mundo sabía de dónde provenían esas majestuosas vigas, también correría la voz de que el marqués no había querido pagarlas. El chico había acorralado al aristócrata, y el propio marqués de Casariego aceptó que se había quedado sin opciones.

Tomó su maletín y de él sacó un abultado sobre.

—Chico..., ¿cómo sabes tanto sobre estructuras, refuerzos y muros de carga?

—Aprendo al lado de mi padre, señor —contestó Alejandro.

—Señor marqués —intervino César—, le ruego disculpe la modestia de mi hijo. Lleva años trabajando en la obra, es cierto; pero el año pasado se sacó el título de arquitecto.

—Collons... —Aquello no lo esperaba el marqués—. *Aixina arribaràs lluny, xiquet.*

—¿Fernando VII durmió allí? —preguntó César a su hijo mientras, ya en la calle, caminaban hacia la plaza del Tossal, para enfilarse hacia las Torres de Quart.

—Pues no lo sé, pero podría ser —dijo Alejandro, levantando los hombros.

César no pudo sino reír ante aquella ocurrencia de su hijo, mientras palpaba en el bolsillo de su camisa el fajo de billetes que el marqués de Casariego le acababa de pagar. Pese a haber comenzado el mes de julio, con el sol castigando sin clemencia la ciudad, la estrechez de las calles del barrio del Carmen propiciaba que la sombra fuera constante, y que el aire se canalizara en una fresca brisa que hacía de aquel un lugar ideal para el aperitivo. Las terrazas de las tabernas estaban llenas de gente que mataba el tiempo hasta la hora de comer con una cerveza bien fría o un vino, y deliciosos platos de *clòtxines* al vapor.

Padre e hijo, y el resto de los peatones que a esa hora llenaban la calle, tuvieron que apartarse a un lado al escuchar un claxon a sus espaldas. Eran calles poco recomendables para circular, pero los repartidores, taxistas y proveedores de las tabernas tenían que seguir trabajando, y se armaban de paciencia para transitar muy despacio por el barrio.

Aquel claxon sonaba de manera insistente, aunque toda la gente ya se había apartado a los lados. La camioneta que estaba armando todo aquel jaleo se detuvo al lado de César y Alejandro, y estos se sorprendieron al ver que era el vehículo de su empresa de obras, conducido por Pere, su operario de confianza.

—Os estaba buscando —dijo aquel a través de la ventanilla.

—¿Pasa algo, Pere? —preguntó César con preocupación.

—*Pujeu...* —Pere hizo un gesto con la cabeza—. El *retor* del Patriarca quiere veros de inmediato.